Un humanista de nuestro tiempo

José María Barreda Fontes
Ex-Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha

La fe, la historia y la vida conforman el ser de don Ramón Gonzálvez Ruiz, sabio humilde, humanista de nuestro tiempo, persona docta cuyos numerosos títulos no son ornato, sino la constatación de una larga trayectoria de trabajo.

Detrás de cada conducta hay un conglomerado de pautas, en forma de ideas y creencias, que dota a cada acción de sentido: una presuposición, un fundamento relativo a la sociedad, la cultura, el entorno y el tiempo histórico en que vive el individuo. Toda conducta humana, incluso la intelectual, depende de cuáles sean nuestras creencias profundas y las realidades que nos circundan. Por eso, don Ramón Gonzálvez Ruiz aúna su fe y su trabajo esencialmente en el contexto de la Catedral Primada, donde su quehacer de archivero, por mucho que se alabe, nunca podrá ser reconocido tanto como se merece.

Es Licenciado en Historia Eclesiástica y Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, Diplomado-Máster en Paleografía y Archivística (Archivo Secreto Vaticano), Licenciado en Historia Medieval por la Universidad de Oviedo, Doctor en Historia Medieval por la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de Historia de la Cultura en el Seminario Mayor de Toledo, Profesor Ordinario de Historia de la Iglesia en el Instituto Teológico de San Ildefonso de Toledo y Profesor de Historiografía en el Colegio Universitario de Toledo. Pertenece a numerosos organismos e instituciones de prestigio. Pero, muy por encima de todo, con ser esto importante, se ha dedicado en cuerpo y alma a su labor como Archivero y Bibliotecario de la Catedral Primada durante cerca de cuarenta años. Sus labores de catalogación de los documentos medievales del Archivo Capitular de Toledo han sido impresionantes.

Ha sido Académico Numerario, desde 1972, de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, cuyo timón ha manejado, como Presidente, durante un fructífero periodo.

Él es parte del patrimonio cultural y un adalid de la protección de este patrimonio, que constituye en sí un deber ético, de carácter irrenunciable, dado que la valoración de este patrimonio cultural facilita la lectura crítica del pasado y con ello la interpretación del presente y las posibili-

dades de un futuro mejor. A él le debemos un extenso conocimiento de ese pasado, que, en alguna medida ha llegado hasta nosotros, no solo en sus documentos, sino en los vestigios de su realidad.

Así, su colaboración en *Innovación y continuidad en la España visigótica*, o títulos como *Hagiotopónimos hispanovisigóticos de Toledo y su diócesis: Ensayo de interpretación, La obra de unificación litúrgica del concilio IV de Toledo*, nos sirven de ejemplo para profundizar en el conocimiento de una época histórica en la que aún hoy es necesario seguir indagando en muchos y variados aspectos, como en la misma ciudad de Toledo que en el presente ofrece el yacimiento arqueológico más importante para el estudio del mundo visigodo.

La historia medieval no se le queda entre las manos de algunos temas en los que es especialista incuestionable, como el litúrgico o el visigótico, sino que se adentra en campos documentales con los que logra explicar, por ejemplo, que Juan Ruiz, el arcipreste de Hita y autor de El libro de Buen Amor, es un personaje real, del que deduce que "fue un clérigo vinculado canónicamente a la iglesia de Toledo. No fue un clérigo perteneciente a una orden religiosa, ni tampoco un clérigo vago sin adscripción alguna a una institución eclesiástica. Fue un eclesiástico perteneciente al clero secular, dependiente de un superior jerárquico que residía en Toledo con el título de arzobispo". Y asimismo, afirma que Juan Ruiz "vivió encajado en las estructuras administrativas de la iglesia de Toledo, de la cual dependían su vida y su ministerio. Recibió la ordenación, la misión canónica, el nombramiento y todos los ascensos de manos del arzobispo de Toledo".

Así mismo, con títulos como *Valoración crítica de la obra de don J. F. Rivera*, enjuicia la vida y la obra de otro historiador y, a su vez, clérigo toledano, don Juan Francisco Rivera.

Decía el novelista Marcel Proust que "El secreto de la vida no está en el descubrimiento de nuevas tierras, sino en ver el mundo con ojos nuevos". Quizá por ahí encontremos también la riqueza que nos ha venido aportando el trabajo de nuestro autor.

Con estas palabras no pretendo bosquejar la vida académica y de investigación ni dar relación del contenido de una vida tan fructífera como la de don Ramón Gonzálvez Ruiz, sino expresar la admiración que le profeso a la vez que mi afecto y el reconocimiento que merece. "Sábete, Sancho que no es un hombre más que otro sino hace más que otro", dice don Quijote. Don Ramón Gonzálvez Ruiz, aunque humilde, si es más que muchos otros hombres, porque él sí ha hecho mucho.

Su vida y obra suponen la demostración palmaria de que el humanismo sigue más vigente y es más necesario que nunca. En el seno de la concepción de su pensamiento yace una importantísima dimensión ética. Esa es la razón de que haya consagrado una parte sustancial de su actividad no solo a la investigación, sino también a la docencia. Impartir clase es compartir lo mejor que se posee. Esa propensión a darse a los demás se ahorma perfectamente a la personalidad de alguien que parece encarnar el tópico medieval que figura en el Libro de Alexandre: "Deve de lo que sabe omne largo seer". Aunque no esperemos que la clase se imparta siempre en el aula o la institución académica de una institución de currículos cerrados. Don Ramón Gonzálvez ha sido maestro siempre en el escrito, en la conferencia, en el comentario o en la dirección de una institución como la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo.

Tanto en la investigación como en la docencia o en su trayectoria vital y eclesiástica, podemos afirmar de él que se guía por la búsqueda humanista de la esencia del hombre, convencido de que esa es la senda del bien común.

En plena sociedad del conocimiento, don Ramón Gonzálvez ha sabido interpretar adecuadamente el signo de un tiempo en que la técnica no solo no excluye al cerebro ni al corazón humano, sino que se constituye en herramienta para sobredimensionar, en el plano textual, en el plano sensible y en el plano virtual, la dignidad humana, en el sentido que lo expresó el sabio renacentista Pico della Mirandola y con una expresión social que va más allá del puro saber individual.

Podemos decir que su quehacer y su pensamiento es un arrojarse hacia fuera, un darse al otro para encontrarse a sí mismo, un saber cuya vocación o realización plena solo puede darse en el ámbito de lo social, como una construcción colectiva en cuyo interior se encuentra la personalidad de cada individuo.

Creo que Toledo en su conjunto es una verdad incuestionable como Patrimonio de la Humanidad y también lo es por el patrimonio histórico que archiva en sus documentos y en archivos como el catedralicio. Por eso, es preciso que haya personas de la categoría, ética y humana, y el saber de don Ramón Gonzálvez para proteger y actuar sobre lo que se sabe que existe y tener muy en cuenta aquello que tenga relación con la cultura y las realizaciones de los pueblos que han colaborado a forjar la historia y las señas de identidad de las naciones o de las ciudades, como es el caso de los visigodos o los mozárabes, que él tan bien ha estudiado.

La preservación de los testimonios de antiguas culturas es una misión de todos, pues el daño o la desaparición de un bien cultural o su sim-

ple desconocimiento, constituye un nefasto empobrecimiento del patrimonio del conjunto de la sociedad, -la cercana, la próxima o la alejada-, y toda ella está en la obligación de preservar, rehabilitar y transmitir a las generaciones futuras los monumentos y sitios históricos que se encuentren dentro de cada territorio y estén considerados como valiosos, así como el valor intrínseco que existe en cada documento que se cataloga o se estudia.

Conocer y sentir es también aprender a valorar el patrimonio común, esa inmensa riqueza que estamos obligados a transmitir a las generaciones venideras en las mejores condiciones, porque ahí permanecen las raíces de lo que hemos sido, el avance creativo y la cultura que forjamos.

Esa herencia documental bien catalogada y estudiada en los archivos es la herencia de todos y es la que nos permite hoy trascender las esferas de la imaginación y de la leyenda o de los sueños. Ése es, en mi opinión, el más valioso tesoro de nuestro patrimonio, que no es exclusivo de nadie y sí lo es de toda la humanidad. Con la obra de don Ramón Gonzálvez Ruiz y su trabajo especial en el Archivo Capitular de Toledo podemos hacer realidad la recomendación que hacía Miguel de Unamuno cuando dijo: "Sé de tu pueblo y serás de tu región y serás de tu país y serás del mundo".

Por ello, en estos párrafos he querido contribuir al reconocimiento de la labor intelectual de don Ramón Gonzálvez Ruiz, cuyo ejercicio a la vez que poseer el conocimiento ha sido también el de reflexionar y ofrecer ese saber a los demás, a través de un corpus de publicaciones que constituyen una referencia para cualquier estudioso de la historia.

Ramón es un sabio. El departamento de arte y urbanismo de Harvard organizó en su Campus hace unos años un seminario sobre Toledo y tuve la ocasión de comprobar lo que impresionó su penetrante e inteligente intervención.

Cierro con estas palabras la etopeya de un hombre en quien los aspectos vitales, intelectuales y morales se yuxtaponen creando una realidad compacta e indivisible. Es un excelente espejo en el que mirarnos todos los que apreciamos el saber y la bonhomía. Y asimismo, agradezco a la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo la oportunidad de publicar mi opinión entre este conjunto de trabajos que honran la vida y obra de una persona, Ramón Gonzálvez Ruiz, que ha dado una y otra a favor de la historia y de su prójimo.

De Ramón Gonzálvez se pueden decir muchas cosas y también una a la que yo cada vez doy más importancia: es una gran y buena persona.